

## LECTURA HISTORICA DE "EL ARBOL ENFERMO"

Alvaro Quesada Soto.

### ABSTRACT

*El árbol enfermo* constitutes one of the most significant literary documents from the period when our national literature began to take shape. This analysis attempts a reading of the novel that will discover not only the springs of its literary structure and of the author's ideological concerns, but also the contradictions and gaps of its structure, which refers us to the social and historical changes and struggles of the time.

La novela *El árbol enfermo* de Carlos Gagini constituye una honda, madura y compleja reflexión crítica sobre el presente y el futuro de Costa Rica; y uno de los más significativos y valiosos documentos literarios del período de formación de la literatura nacional. Junto con *Hijas del campo* de García Monge —aunque desde otra perspectiva— constituyen dos importantes esfuerzos por utilizar la novela como un medio apto para forjar, desde una óptica crítica, una imagen global de los cambios y transformaciones que experimentaba la sociedad costarricense de principios de siglo. En cierto sentido, bien puede afirmarse que las dos diversas perspectivas que estructuran la visión de la realidad costarricense en ambas novelas, se integran y complementan. La perspectiva popular, que entrelazaba el campo y la ciudad desde la óptica del campesino desamparado o desposeído, se complementa con esta otra perspectiva, que enfoca la lucha por mantener la soberanía nacional frente a las pretensiones de dominio imperialista, desde una óptica antimperialista y humanista. Las dos perspectivas vendrán a converger más tarde sobre el tema de los trabajadores bananeros, en las obras de Carmen Lyra (*Bananos y hombres*, 1931), y de Carlos Luis Fallas (*Mamita Yunai*, 1941). Por esas razones consideramos apropiado realizar una lectura de esta novela, que procure no solo descubrir los resortes de su estructura literaria, y no sólo poner en evidencia las preocupaciones ideológicas del autor; sino que dé cuenta también de algunas contradicciones y fisuras que se advierten en la estructura y la ideología, que remiten a las transformaciones y luchas históricas y sociales de su época.

1. *El árbol enfermo* está concebido como una novela de tesis, cuya acción debe ser interpretada al mismo tiempo en tres niveles de significación: individual, social y político. Es, en un primer nivel —el de la vida privada de los personajes— una novela romántico-sentimental sobre el tema clásico del honor. Considerada en este nivel, la novela reproduce un triángulo tradicional entre el pretendiente (Fernando), la novia (Margarita), y el seductor (Mr. Ward); que termina con la seducción y el abandono de Margarita por parte de Ward, y la reparación del honor perdido por parte de Fernando. Pero sobre este nivel individual se sobrepone un segundo nivel realista y social: la "caída" de Margarita es símbolo de un proceso de descomposición de los valores y tradiciones del liberalismo patriarcal (representados aquí por las concepciones caballerescas sobre el honor, la virginidad, el matrimonio y la familia), ante la fuerza disolvente de los nuevos valores y prácticas libertino-mercantiles (encarnados en la "sugestión" que ejerce el empresario norteamericano Mr. Ward sobre los miembros de la sociedad costarricense). Sobre estas dos capas de significación se sobrepone un tercer nivel: el épico-político. Los procesos de seducción y de descomposición social, son índice de un proceso paralelo de "absorción" del país por el "expansionismo yanqui"; un proceso de pérdida paulatina de la integridad y la soberanía nacionales bajo la "sugestión" insidiosa de los mercaderes exógenos. La defensa de las tradiciones "latinas" y "caballerescas" viene a representar también, en esta novela, la resistencia nacional ante la absorción y la conquista extranjeras. La contraposición entre valores autén-

ticos o valores de uso, y valores inauténticos o valores de cambio, que subyace según Goldmann en la estructura de toda novela (1), se traduce aquí en un enfrentamiento entre dos posiciones ideológicas, que implican también dos sistemas de relación y comunicación humana: las tradiciones nacionales, caballerescas y humanistas; y las prácticas del imperialismo yanqui, mercantilistas y utilitarias. Para reconocer plenamente las consecuencias de este choque, es necesario ubicar el comportamiento y los discursos de los personajes dentro de los tres planos antes aludidos: individual, social y político; esos tres planos se interrelacionan y complementan en el texto. Toda la estructura narrativa, y el sistema de significaciones textuales, contribuyen a que los datos se interpreten simultáneamente en esos tres niveles.

1.1. La fábula se puede dividir en dos grandes macrosecuencias (la primera abarca los capítulos I-VII, y la segunda los capítulos VIII-XV), que corresponden en términos generales a planteamiento y desenlace. Cada macrosecuencia se divide a su vez en otras dos microsecuencias. Las cuatro microsecuencias vienen a representar la introducción (capítulos I-IV), el desarrollo (capítulos V-VII), el clímax (capítulo VIII-XI) y el desenlace final (capítulos XII-XV). La introducción ofrece una descripción general de los protagonistas (la familia Montalvo, Fernando Rodríguez y Mr. Ward) e insinúa sus diversas posiciones iniciales en torno a lo que será el conflicto central de la obra: la lucha entre las tradiciones "latinas" nacionales y las prácticas mercantiles e imperialistas "sajonas". Los acontecimientos centrales de esta primera microsecuencia son el engañoso triunfo inicial de Fernando en el estreno de su drama, paso preliminar en su lucha por la regeneración política del país; y las ominosas admoniciones de Ward sobre las ocultas "enfermedades" que carcomen al país y al frondoso higuerón que da nombre a la hacienda de los Montalvo.

Los acontecimientos de la segunda microsecuencia ofrecen una primera oportunidad de contraponer las concepciones de los personajes a la realidad; y constituyen una primera advertencia sobre el posible resultado práctico del enfrentamiento entre las dos posiciones. Los acontecimientos de esta microsecuencia culminan con el triunfo de Ward y los sajones sobre los costarricenses, en el "match" de fútbol celebrado en La Sabana el 11 de abril (capítulo VI); y con la derrota de Fernando en su intento de renovar y sanear la corrupta

política criolla, intento que termina con la expatriación y el exilio (capítulo VII).

La tercera microsecuencia describe el proceso de sugestión y conquista que ejerce el empresario Mr. Ward sobre la menguada "aristocracia" criolla, proceso que coincide con el exilio político de Fernando. Los puntos culminantes en ese proceso son la fiesta del 4 de julio en casa de Ward, y la seducción de Margarita Montalvo por el empresario yanqui. Los hechos de esta tercera microsecuencia ofrecen un primer desenlace, cuyo balance práctico es negativo y trágico para los defensores de las "tradiciones nacionales", y ventajoso para los esfuerzos de seducción y conquista del empresario yanqui.

La cuarta y última microsecuencia expone el desenlace final del conflicto: un nuevo enfrentamiento entre Ward y Fernando, que ofrece una valoración inédita, más amplia y compleja, de los hechos que narraron las secuencias anteriores. El desenlace que obtuvo el empresario yanqui en sus transacciones libertino-mercantiles; y a afirmar la superioridad moral y humana del "corazón latino" de Fernando Rodríguez, sobre el mezquino utilitarismo pragmático que guió la conducta del sajón (2). Así el desenlace de la novela culmina con la decisión de Fernando de cumplir con "el triple deber de caballero, compatriota y amigo" (3), al reparar el honor de Margarita, ultrajada por el yanqui, y al continuar la lucha por la regeneración política de su patria, amenazada por los "parásitos" internos y los "mercaderes" externos.

2. La narración establece, por otra parte, un complejo sistema de significaciones simbólicas, para lograr que los acontecimientos de la fábula se inscriban simultáneamente en los tres niveles anteriormente aludidos (individual, social y político). Estos recursos son múltiples. El más evidente es quizás el símbolo central del árbol enfermo, que aparece ya en el título de la novela. El higuerón que da nombre a la hacienda de los Montalvo, es también una representación simbólica de ese "nido de hidalgos" criollo. El patricio don Rafael Montalvo cuida al árbol como a su propio hijo, y lo considera casi un hermano gemelo de su hija Margarita:

"Don Rafael había plantado con su propia mano aquel árbol el mismo día que nació Margarita, su hija única. Desde entonces le cuidó con tanta asiduidad y solicitud, que hacía decir a doña Virginia:

—Mi hermano se figura que el higuerón es hermano gemelo de la muchacha y se enoja conmigo porque me niego a reconocerlo como sobrino" (p.24).

Por otra parte, el árbol se identifica también con la imagen de la patria; el árbol enfermo es símbolo de un pueblo enfermo:

“Los pueblos son inconscientes como los niños, tan inconscientes como este árbol —continuó el yanqui (Mr. Ward) golpeando con su ancha mano el higuérón— que necesita de los cuidados del agricultor para no perecer devorado por los parásitos. Y a propósito ...este árbol —dijo Mr. Ward) comienza a dañarse; y si no se le cura a tiempo, por esta herida penetrará la muerte. Se lo indicó el otro día a don Rafael y se puso furioso, pues no tolera que le pongan defectos a su hijo” (p. 45).

Más tarde, cuando regresa a su patria tras el descalabro político que lo llevó al destierro, Fernando recuerda:

“el cuadro sombrío trazado por Mr. Ward: aquel pueblo enfermo que se negaba a curarse y que no consentía siquiera que se hablasen de sus males; pensó entonces también en aquel otro enfermo, el hermoso higuérón, tan sano en apariencia, cuyo mal se obstinaba en no ver el obcecado dueño” (p. 101-102).

De esta manera se establece un nexo simbólico entre la caída del árbol, la “caída” de Margarita, y la imagen de la patria carcomida por vicios y enfermedades que auguran su destrucción. La habilidad de Ward para detectar los males del árbol y aprovechar las flaquezas de Margarita, se contraponen al “chauvinismo” de Montalvo, y a su incapacidad para diagnosticar esos males y corregir esas flaquezas; así como la admiración de este último por las prácticas mercantiles del empresario yanqui, le impiden reconocer el peligro que esas mismas prácticas entrañan para el honor de su familia y la integridad de su patria. El narrador refuerza ese juego de lazos y nexos simbólicos al informarnos que don Rafael muere de una herida que le produce el árbol al desgajarse y caer, después que Margarita también ha “caído” deshonrada por Ward. La incapacidad de don Rafael para prevenir las consecuencias de la enfermedad del árbol y de las prácticas libertino-mercantiles del yanqui, producen la destrucción física del patrio y la ruina moral del nido de hidalgos criollos. Las concepciones y el comportamiento de don Rafael, bien pueden interpretarse entonces —dentro del sistema de significaciones de la novela— como símbolo de la caducidad y la impotencia de los viejos patriarcas liberales, incapaces de sustraer a sus “hijos” de la “catástrofe” inminente: incapaces de salvar a su árbol-pueblo de los “parásitos” que lo devoran, o a su hija-patria del “ultraje” al que la someten los conquistadores yanquis.

2.1. Por otra parte, el narrador establece un contrapunto constante entre las frecuentes discusiones políticas en que se enfrascan Ward, don Rafael o Fernando (plano político) y un proceso de “sugestión” y dominio crecientes, que el yanqui ejerce sobre Margarita (plano individual) y sobre toda la “aristocracia josefina” (plano social). Los puntos culminantes de este proceso tienen lugar en fechas claves que ponen en evidencia la simbología histórico-política de los acontecimientos privados que relata la novela (Ver: Durán, p.126). Así, el triunfo del “team” yanqui sobre el costarricense en el “match” de fútbol, tiene lugar el 11 de abril; fecha, que irónicamente, debía conmemorar el triunfo centroamericano sobre los filibusteros yanquis en 1856. Un 4 de julio, fecha nacional de los Estados Unidos, tiene lugar la fiesta —ofrecida por Ward en calidad de Cónsul norteamericano— que viene a consolidar el proceso de atracción y corrupción del lujo y la opulencia yanquis sobre “la flamante aristocracia josefina” (p.78). En esa misma fiesta se inicia la seducción de Margarita por Mr. Ward; y durante esa fiesta se dan a conocer las noticias sobre las pretensiones norteamericanas de convertir a Nicaragua y Centroamérica en un protectorado. El decreto de amnistía, que otorga a Fernando la posibilidad de regresar a su patria tras el exilio político, tiene lugar, por otra parte, un 15 de setiembre, fecha de la independencia nacional.

2.2. También tienden a reforzar el juego de significados y símbolos de la novela los títulos que el narrador asigna a algunos capítulos. Así, por ejemplo, el capítulo X, en que se define la seducción de Margarita, se titula “*Al pie del árbol*”. La escena de la seducción se desarrolla al pie del higuérón, y está precedida por una enconada disputa política entre Ward y don Rafael, en la que Ward —en una evidente alusión a lo que sucederá con Margarita— afirma que son las debilidades de los pueblos latinos las que propician la “absorción” yanqui (4). El título y los contenidos del capítulo, vienen entonces a recalcar la polisemia textual que aglutina los signos Margarita-árbol-patria; y refuerza la homología entre la seducción de Margarita, la caída del árbol y la “absorción” yanqui.

Por otra parte, el capítulo IX, que describe la fiesta del 4 de julio a la que hicimos anteriormente referencia, se titula “*Expansionismo yanqui*”; y el capítulo XIV que describe la decisión de Fernando de reparar el honor de Margarita, ultrajada por el yanqui, se titula “*Corazón latino*”. Los dos títulos tienden a poner en evidencia el significado socio-

político del triángulo amoroso que se establece entre Ward-Margarita-Fernando: un enfrentamiento entre las prácticas del imperialismo mercantilista anglosajón, y las tradiciones del humanismo latino-patriarcal costarricense.

3. Así, los personajes, los acontecimientos, y sus funciones dentro de la fábula, se ubican según su situación con respecto a dos posiciones opuestas: las tradiciones del liberalismo patriarcal costarricense, y las prácticas mercantes yanquis. Ambas posiciones, según ya dijimos, implican también sistemas de comunicación y relación humana opuestos, y se ubican simultáneamente dentro de los tres niveles de significación anteriormente señalados (individual, social y político). La compleja estructura de significaciones que establece la novela, hace evidente que cada una de esas posiciones —la liberal patriarcal y la mercantilista— implica también determinadas prácticas, que repercuten simultáneamente —no siempre con plena conciencia de los actores— en la vida privada, social y política.

La actitud del narrador con respecto a esas dos posiciones no es explícita ni unívoca; entre una y otra posición se establecen complejas relaciones dialécticas, con variados matices y mediaciones. El liberalismo patriarcal no aparece en la novela como una corriente totalmente positiva, homogénea o unívoca; tampoco es totalmente negativo el mercantilismo yanqui; ni siquiera son completamente opuestas o irreconciliables las dos posiciones. El texto reproduce una compleja urdimbre de lazos e intereses, materiales y espirituales, intelectuales y emocionales, que relacionan y al mismo tiempo oponen, el liberalismo patriarcal de nuestra menguada oligarquía dependiente, y el liberalismo burgués de los mercaderes imperialistas.

El liberalismo patriarcal muestra una contradicción entre lo que podríamos llamar su liberalismo burgués, que lo acerca al mercantilismo yanqui; y las tradiciones latino-patriarcales que lo enfrentan a él. Pero tampoco tienen un valor unívoco y positivo las tradiciones patriarcales: ofrecen una contradicción entre su aspecto altruista y "humanista"; y su aspecto retrógrado, indolente, parasitario y servil. Es este último aspecto sobre todo, el que corroe y debilita a nuestro liberalismo patriarcal; el que lo hace incapaz de enfrentar el enérgico pragmatismo de los mercaderes imperialistas.

El mercantilismo yanqui, por su parte, muestra también aspectos contradictorios. Su aspecto positivo se manifiesta en su capacidad empresarial, su indomable energía y su sentido práctico —opuestos

a la molición patriarcal—; su aspecto negativo se manifiesta en su mezquino utilitarismo, que reduce a transacciones mercantiles todas las relaciones humanas —en lo que se opone al "humanismo" latino—.

3.1. Es necesario tomar en cuenta este complejo y contradictorio núcleo dialéctico para determinar, tanto el proyecto ideológico que propone el narrador, como la visión del mundo que expone la obra (5). La visión del mundo sugiere, a nuestro juicio, una interpretación histórica que supera los límites de las concepciones ideológicas. Estas últimas apuntan hacia una regeneración de la oligarquía liberal, mediante el logro de un equilibrio entre el "caballero" y el "empresario", entre el humanismo latino y el positivismo sajón; con el propósito de evitar así, tanto la inercia y la estulticia patriarcales, como el utilitarismo mezquino y el pragmatismo moral de los mercaderes. Esos planteamientos convertirían en núcleo de la resistencia patriótica contra la molición criolla o el dominio imperialista, a una élite intelectual de la oligarquía (¿un nuevo Olimpo?), regenerada e inmunizada contra el servilismo y el mercantilismo por medio de la ciencia, la educación y la cultura. Es esto lo que vendrían a representar los personajes de Fernando Rodríguez en *El árbol enfermo* y Roberto Morera en *La caída del águila*. Esta solución guarda plena fidelidad y coherencia con los postulados ideológicos de nuestro liberalismo patriarcal, como lo hemos señalado ya (y como es fácil advertirlo, si comparamos este proyecto ideológico con los proyectos que regían la obra de Manuel de Jesús Jiménez, Jenaro Cardona y los costumbristas) (6).

3.2. Pero la novela no se limita a reproducir, sin resistencias ni refracciones, el proyecto y las concepciones ideológicas del narrador; con mayor o menor evidencia, de manera explícita o implícita, el texto hace también referencia —no siempre clara y consciente— a ciertos factores objetivos que ponían en entredicho la validez de aquel esquema. Aquellas concepciones ideológicas ignoraban, tanto los factores objetivos externos surgidos de la dependencia económica, que convierten a la oligarquía —a veces a pesar de sus propias concepciones subjetivas (v. gr. Rafael Montalvo)— en aliada o cómplice del imperialismo; como los factores internos, que hacían crecer la brecha entre las necesidades del pueblo y los intereses de la oligarquía. Esos factores objetivos comenzaban a hacer ya evidente que la oligarquía era cada vez más incapaz

de funcionar como sujeto histórico válido en cualquier proyecto nacionalista y antimperialista; pues preferira aliarse con los mercaderes extranjeros, para mantener sus privilegios y protegerse contra las luchas populares, aunque para ello tenga que vender parte de la soberanía patria o recurrir a la represión y la dictadura. Los acontecimientos que rodearon la caída de González Flores, los negocios petroleros de Valentine, la dictadura de Tinoco, y la intervención de Wilson en la política interna costarricense —hechos históricos que coinciden con la redacción de *El árbol enfermo*— hacían evidentes estas conclusiones (la alusión a esos hechos históricos, por otra parte, es fácilmente rastreable en el texto de la novela) (6).

4. La concepción del mundo de la obra permite —y sugiere— una lectura crítica del texto, que vendría a descubrir la presencia clandestina de aquellos factores objetivos. Ellos determinan, a su vez, la aparición de ciertas contradicciones solapadas entre la solución ideológica que el narrador propone, y los datos que la obra expone; así como entre el propósito histórico-literario (nacionalista y antimperialista) que el narrador asigna a la novela, y los planteamientos (elitistas e individualistas, mecanicistas o idealistas) mediante los cuales pretende realizar ese propósito. El complejo nudo dialéctico que determina la visión del mundo, no sólo reproduce el esquema ideológico del narrador, sino que también viene a poner en evidencia las contradicciones y límites del liberalismo patriarcal, con lo que hace patente, al mismo tiempo, la ingenuidad de aquel esquema. La visión del mundo vendría entonces a señalar, más bien, las limitaciones objetivas y subjetivas de las concepciones y prácticas oligárquicas, ante los nuevos retos históricos que enfrenta el país con el desarrollo del capitalismo dependiente y la consolidación del imperialismo. Así lo había advertido ya Jorge Valdeperas, cuando afirmaba que:

“Si bien Gagini no enfoca el problema de la penetración imperialista en nuestros países desde un punto de vista de clase (Gagini sitúa la divisoria social en los condicionamientos de raza), desde un ángulo más estricto del análisis de sus obras, responsabiliza a la burguesía nacional por esa penetración. En *El árbol enfermo* la seducción de Margarita con Mr. Ward, símbolos de nuestra burguesía y el avance norteamericano respectivamente, ha sido llevada a cabo gracias a la provocación de la propia víctima. Mientras que, por su parte, el señor Montalvo, padre de Margarita, muere aplastado por el árbol que él mismo plantó y del cual se ha negado a reconocer, por orgullo (como por chauvinismo se niega a ver los males de su pa-

tria), que se halla enfermo” (Valdeperas, p.37. Ver también Mora, p.19-20).

4.1. Un primer índice de estas tensiones entre la concepción del mundo y el esquema ideológico se puede advertir en la actitud oscilante —indefinida e imprecisa— que el narrador adopta en el texto con respecto al pueblo, y a las aspiraciones y luchas populares.

Por un lado, mantiene una posición abiertamente elitista, pues borra casi por completo de la novela —y de su proyecto histórico— la presencia activa del pueblo. Con esto, el narrador convierte las luchas nacionalistas y antimperialistas en un problema *moral* de la oligarquía, y a los miembros de una oligarquía regenerada en adalides de esas luchas. Estas concepciones elitistas, aderezadas con cierto determinismo biológico—racista o cultural, aparecen en múltiples pasajes del texto. La superioridad del “team” yanqui sobre el costarricense, en el “match de foot-ball” del 11 de abril, se explica en el texto de la novela como el resultado de la superioridad física y cultural de las razas “europeas” sobre las “orientales” y mestizas. Así describe el narrador los dos equipos:

“Constituían los primeros (el equipo yanqui) un conjunto magnífico de atletas, mientras que en los segundos (el equipo costarricense) se advertía gran disparidad de estaturas, de complexión y aún de color. Mr. Ward, sobre todo, fue objeto de admiración entre los espectadores; en efecto, era preciso remontarse a la estatuaría clásica para encontrar en un modelo humano tan admirable consorcio de vigor y de belleza...” (p.58).

Mas adelante, Mr. Ward emplea un argumento racista para justificar la superioridad de su “team”, y de paso el derecho de su “raza” a sujetar bajo el dominio imperialista a las “razas inferiores”:

“...Esa preparación data de muy atrás, puesto que es la tradición de la raza. Consciente de su misión, mi pueblo se ha educado siempre para la vida activa, para luchar con la naturaleza, vencerla y arrancarle los tesoros que ha de aprovechar después la humanidad entera: por eso se preocupa de formar jóvenes sanos, fuertes, intrepidos y emprendedores, al paso que otras razas, inficionadas aún del espíritu oriental difundido en Europa por los árabes, viven en las regiones del ensueño, del misticismo y de la poesía, condenándose fatalmente al suicidio” (p.61)(7).

Fernando Rodríguez, tras un tímido intento de objetar el carácter “*terre à terre*” de las ideas del yanqui, termina por avalar sus aseveraciones, al reconocer que Ward “ha dicho la verdad” (p.63).

En otros pasajes de la novela, y en la misma imagen central del árbol-pueblo, "cuyo mal se obstinaba en no ver el obcecado *dueño*", se expresa también una concepción elitista, que concibe al pueblo como objeto pasivo e inerte; su salud o corrupción dependen del "cuidado" y la "solicitud" de sus "dueños", de "la clase directora", de "los de arriba", de las "personas ilustradas" o los "ciudadanos instruidos" (p.87):

"— ¡El pueblo, el pueblo! —exclamó con desdén Mr. Ward—. Los pueblos no adelantan sino por el impulso que les viene de arriba, de la clase directora, de las personas ilustradas. Los pueblos son inconscientes como los niños, tan inconscientes como este árbol, —continuó el yanqui, golpeando con su ancha mano el higuérón— que necesita de los cuidados del agricultor para no perecer derogado por los parásitos" (p.45).

Esas mismas imágenes son las que rigen las reflexiones de Fernando, cuando retorna de su exilio político primero, y de su exilio voluntario en Europa después:

"Sabía que el pueblo había aceptado ya *el amo* que quisieron darle y que a los más alborotadores se les había tapado la boca con algunos mendrugos del presupuesto (...). Pensó entonces también en aquel otro enfermo, el hermoso higuérón, tan sano en apariencia, cuyo mal se obstinaba en no ver el obcecado *dueño*" (p.102). "Se representó a su patria como un bello jardín abandonado de *sus dueños* y expuesto a ser pisoteado por gentes extrañas" (p.129) (Destacado nuestro).

4.2. Pero, por otro lado, estas ideas contrastan con ciertas apreciaciones que brotan en algunos recónditos pasajes de la novela. Cuando Ward pretende justificar las intervenciones norteamericanas en los países latinos, aduciendo el carácter convulso y bárbaro de la política criolla (una evidente alusión al imperialismo "civilizador" y "moralista" de Woodrow Wilson) (8) don Rafael replica que "una cosa son los ambiciosos políticos... esa plaga fatal de Centroamérica, y otra los pueblos inocentes y laboriosos a quienes explotan y corrompen" (p.87).

En otros pasajes, el narrador pareciera reconocer que los únicos aliados con los que puede contar Fernando Rodríguez, en su proyecto de regeneración patriótica del país, no son ya sus congéneres oligarcas, sino "la clase obrera", los "artesanos y campesinos". Así, hace constar el narrador que el Partido Progresista, al que pertenecía Fernando "...se componía en su mayor parte de artesanos y campesinos..." (p.47). Cuando Fernando estrena su drama, cuyo propósito según él, es "corregir los vicios de nuestro carácter con enérgicos remedios...

denunciar los males utilizando la literatura como instrumento para llevar mi idea a la conciencia del pueblo" (p.30-31); el periódico *La Información* —principal vocero de la oligarquía cuando Gagini publica su novela, encarnizado opositor a las reformas de González Flores y defensor de la dictadura tinoquista (9)— publica un artículo anónimo que considera ese drama "inmoral y absurdo", y lo acusa de haber sido escrito "con fines políticos, para halagar las pasiones de la plebe" (p.47). Más tarde, cuando el fraude electoral y la represión política condenan a Fernando al destierro, el narrador nos informa que

"Si bien el estado mayor de la oposición había claudicado, pasándose al enemigo con armas y bagajes, el pueblo —más altivo y menos pervertido— seguía protestando, aunque sin fruto, contra el brutal golpe de estado, no obstante las medidas represivas que se dictaron" (p.73)(10).

Y cuando el decreto de amnistía del 15 de setiembre permite por fin al protagonista regresar a su patria, tras reproducir sus amargas reflexiones, el narrador nos hace saber que:

"En la estación encontraron los emigrados tres o cuatro amigos que habían acudido a recibirlos, desafiando las iras ministeriales, y a un considerable grupo de copartidarios pertenecientes a la clase obrera, vigilado por otro grupo no menos considerable de policía montada" (p.102).

Por otra parte, corresponde a Fermín, mandador de *El Higuérón* y el único personaje popular que aparece episódicamente en la novela, ser también el único en reconocer la supremacía del humanismo paternalista de Fernando, sobre el mercantilismo despiadado del "machito" Mr. Ward:

"Al observar Fermín pocos meses antes las repetidas visitas de Mr. Ward, había sospechado que pretendía la hija del patrón; pero sin dejar de reconocer la inteligencia, pericia y energía del *machito*, le desagradaba altamente la dureza y falta de consideración con que trataba a los peones. Don Fernando era otra cosa: mandaba sin lastimar a los subalternos, sin hacerles sentir la inferioridad de su condición, y era tan campechano y tan noble, que todos le respetaban y querían, en particular él, Fermín..." (p.121).

La actitud del mandador contrasta con la de su patrón, don Rafael, quien termina por reconocer en el yanqui un aliado más útil para sus negocios, y un pretendiente más provechoso para Margarita, que Fernando Rodríguez:

"A medida que transcurrían los días, iba en aumento la estimación de don Rafael por Thomas Ward, estimación

que se convirtió muy pronto en admiración y gratitud sinceras (...). A decir verdad, don Rafael nunca había creído en la formalidad del noviazgo de su hija con Fernando Rodríguez... pero allá en su fuero interno no se sentía muy dispuesto a apoyar esa candidatura en caso de que se presentara un competidor de la talla de aquel hombre ideal que manejaba sus negocios con tanta pericia" (p.93).

La actitud del campesino contrasta también con la de toda la familia Montalvo ("la familia entera se hallaba bajo la poderosa sugestión del forastero" (p.93), y la de toda la "aristocracia josefina". Estos últimos, en mayor o menor grado, consciente o inconscientemente, se dejan seducir y conquistar por el lujo, la riqueza, la osadía o la habilidad para los negocios del empresario yanqui; sin percibir —al contrario de Fermín— el peligro que esas prácticas mercantilistas entrañan para la integridad moral, social y política de su familia, y su pueblo:

"No hubo nunca en la capital un personaje más popular y admirado que Thomas Ward desde el día en que conquistó el campeonato de *foot-ball* en la Sabana. Pronto fue del dominio público que era soltero y riquísimo; que había comprado el mejor *chalet* del Barrio de Otoya y alhajádo-lo con lujo oriental; que iba a inaugurar grandes empresas con el fin de hacer afluir al país verdaderos ríos de oro, y, por último, que este precioso metal se escurría por entre sus dedos como si fuera líquido... Y ya al simpático *machito* le faltaba tiempo para corresponder a las invitaciones, asistir a las fiestas que le dedicaban, recibir las visitas y espantar la nube de solicitantes y pedigüños que le asediaban (...). ¡Ah!, si Fernando hubiera podido presenciar los preparativos que para esa fiesta hacía la flamante aristocracia josefina, se habría convencido de la inutilidad de su campaña" (p.77-78, énfasis del original).

4.3. Por otra parte, las contradicciones entre la visión del mundo y la ideología, encuentran también su expresión en la estructura misma de la novela. En ella podemos detectar una oposición entre dos diversos modos discursivos: el naturalismo determinista y mecanicista, que domina en las tres primeras secuencias; y el romanticismo idealista y sentimental, que determina el desenlace de la novela. (No es difícil descubrir en este encuentro de modos narrativos las mismas contradicciones ideológicas que moldearon la visión del mundo del liberalismo patriarcal: el "positivismo" del liberal burgués, y el "idealismo" del caballero patriarcal)(11).

El primer modo narrativo predomina durante las primeras tres cuartas partes del relato (especialmente en las secuencias centrales, capítulos V—XI). En estas secuencias domina una visión irónica del narrador con respecto al mundo narrado;

un distanciamiento crítico que le permite establecer una relación problemática entre los ideales patriótico-caballerescos de Fernando, y las prácticas político-sociales de la oligarquía ante el conquistador yanqui. La voz dominante a lo largo de estas primeras secuencias es la de Mr. Ward. No parece haber fuerza alguna que impugne o contrarreste los criterios racistas y deterministas, o las prácticas pragmático-absorbentes del empresario yanqui; sobre todo después del capítulo VII ("Política"), cuando los esfuerzos patrióticos de Fernando Rodríguez —cuya futilidad había previsto Ward— sucumben ante el fraude y la garrulería política criollas.

Durante la última secuencia, en cambio, predomina el segundo modo discursivo. Aquí la ironía, la relación problemática entre los ideales del héroe y la realidad, se desvanecen, para sugerir la superioridad de los ideales patriótico-caballerescos de Fernando Rodríguez, sobre las prácticas degradadas de los "parásitos" criollos y los conquistadores extranjeros. Al utilitarismo yanqui se opone en el desenlace el "corazón latino" de Fernando, heredero de la "antigua estirpe de los caballeros castellanos", cuya fuerza es espiritual, moral y humana, más que pragmático-utilitaria. Así, aunque el yanqui obtuviera el "éxito" en sus transacciones libertino-mercantiles, las reflexiones finales de Fernando tienden a señalar que los valores de cambio o el triunfo individual, no son los que determinan en última instancia la auténtica validez —el valor moral o humano— de las relaciones sociales. En este sentido, el desenlace final viene a replantear los términos del conflicto entre valores de uso y valores de cambio, que según ya vimos coincide, en esta novela, con el conflicto histórico entre las aspiraciones nacionales y las pretensiones imperialistas.

Pero se advierte entonces aquí un choque entre el proyecto "nacionalista y antimperialista" que la novela pretende desarrollar —lo que hubiera exigido quizás una estructura narrativa épico-popular (12)—, y los límites ideológicos y literarios del liberalismo positivista, o su contraparte discursiva, el naturalismo mecanicista. El narrador intenta superar esta antinomia dentro de los límites del liberalismo patriarcal, recurriendo de manera ecléctica a un desenlace romántico, idealista y caballeresco; sin percibir las raíces elitistas e individualistas comunes a ambos modos narrativos, y las raíces oligárquicas que desvirtúan su proyecto histórico-nacional (13).

4.4. El conflicto estructural entre un planteamiento naturalista-mecanicista, y un desenlace romántico-idealista, es el reflejo de esa otra contradicción entre el proyecto histórico (que determina la visión del mundo y apunta hacia una resolución nacional-popular de los conflictos planteados), y el proyecto ideológico del narrador, enmarcado dentro de los límites oligárquicos (que confunde los valores humanistas y antimperialistas con los mitos y los ritos del liberalismo patriarcal). Esas mismas limitaciones ideológicas y estructurales están estrechamente relacionadas con el elitismo del narrador. De ahí la ausencia del pueblo como fuerza protagonista en la novela (su aparición según vimos es apenas episódica e incidental); de ahí el papel protagónico que se le asigna al intelectual oligárquico (Fernando Rodríguez) en el proyecto nacional antimperialista del narrador; de ahí la omisión de las relaciones económicas de dependencia externa y de explotación interna en el planteamiento del conflicto político (que aparece entonces como un conflicto cultural o moral abstracto).

De esa manera, la fe del narrador en la preeminencia histórica de los valores de uso humanistas, sobre los valores de cambio mercantiles, aparece en la novela de manera abstracta, idealista y romántica. Surge como una especie de imperativo categórico, arraigado en la conciencia moral de algunos "ciudadanos ilustrados" de las "clases directoras"; pero cuya realidad histórico-material el narrador no logra plasmar, pues lo ha desligado de las circunstancias objetivas concretas, que convertirían esa aspiración en un auténtico imperativo histórico. No hay base real alguna en la novela, ninguna fuerza económico-social o política —excepto la casi clandestina alusión a las protestas de "la clase obrera"— que pudiera servir de apoyo material a los propósitos redentores de Fernando Rodríguez. Por el contrario, después de describirnos el obstinado proceso de sugestión y conquista con el que avasalló Mr. Ward a toda "la flamante aristocracia josefina" y a la familia Montalvo; después de describirnos las "artimañas, enjuagues y arbitrariedades usuales" en la política criolla, que llevan a Fernando al exilio y al desengaño; no dejan de parecer algo ingenuos, desproporcionados e ilusorios, el proyecto ideológico del narrador, y las pretensiones mesiánicas de su vocero-protagonista, al aspirar a la regeneración moral de una "clase directora" que había llegado a tal punto de enajenamiento y descomposición.

## CITAS

- ( 1 ) Ver: Goldmann, *Pour une sociologie du roman*, Gallimard, Paris, 1970.
- ( 2 ) Sobre la contraposición que establece la novela entre la superioridad física o material de Ward y los sajones, y la superioridad espiritual o moral de Fernando y los latinos, ver las afirmaciones de Juan Durán Luzio: "...la superioridad de esa raza (sajona) es únicamente física, externa, porque la conducta moral de Mr. Ward será, posteriormente, sólo la de un pillo y seductor. En la valoración final, su figura es plenamente degradada... El verdadero triunfador, es decir el vencedor ético y espiritual será el pueblo latino, por el comportamiento siempre recto y justo del joven costarricense que lo representa" (Durán, p.127).
- ( 3 ) Gagini C. *El árbol enfermo*, Ed. Costa Rica, San José, 1979 (10 ed.), p.108. Todas las citas de la novela se refieren a esa edición. En adelante sólo se indicará entre paréntesis el número de página correspondiente.
- ( 4 ) Más adelante, cuando en el capítulo XIV Fernando reclama a Ward la deshonra de Margarita, el norteamericano se defiende utilizando un argumento semejante: "Estoy tan lejos de ser un santo como de merecer el calificativo de infame... No me acuso de traición, de engaño ni deslealtad: ...ni con ella, porque jamás le di palabra de casamiento, ni ella me la exigió; ni con su familia, porque no me introduje en la casa con pérfidas intenciones, y si a veces pasaba algunos días allá, era cediendo a sus instancias" (p.109). El propio Fernando termina preguntándose: "¿Era en realidad Mr. Ward tan culpable como él se lo había imaginado? ¿No lo era quizás en mayor grado la joven que con su imprudente conducta habría autorizado la falta?" (p.112).
- ( 5 ) Sobre esto ver mi libro *La formación de la narrativa nacional costarricense (1890-1910)*, p.143 y sig.
- ( 6 ) Ver: *La formación de la narrativa nacional costarricense (1890-1910)*.
- ( 7 ) Sobre esos hechos históricos, ver mi artículo: "El gobierno de González Flores: de la crisis a la dictadura" en la revista *Kañina*.
- ( 8 ) La referencia al "misticismo oriental", era una alusión directa a la polémica filosófico-pedagógica que mantenía por esta época Gagini, defensor del "materialismo positivista", con Brenes Mesén, defensor del "espiritualismo teosófico-místico". Las dos posiciones se reflejan muy claramente en los libros *Metafísica de la materia* (1917) de Brenes Mesén y *La ciencia y la metafísica* (1918) de Gagini, así como en los programas de reforma educativa que proponían los dos ilustres maestros.

- (9) Sobre la política de Wilson ver: *Tinoco y los Estados Unidos* de Hugo Murillo, p.9-13.
- (10) Ver: A. González F., p.135-136; Oconitrillo, p.168.
- (11) Observaciones semejantes se encuentran también en *La caída del águila*, al hacer referencia el narrador a las actitudes de los diversos grupos sociales hacia la anexión de Centroamérica por los Estados Unidos:  
 "...Fue ofrecido un regio banquete al cual concu- rrieron, además de la plana oficial, multitud de criollos que se habían adaptado a las costumbres y habla yanquis y aceptado sin protesta la domina- ción extranjera. No dejó de notar el señor Ministro (de Marina norteamericano) que la masa de la po- blación, particularmente la clase artesana, mostraba una actitud abiertamente hostil; y por el goberna- dor supo que habían ocurrido frecuentes hechos de sangre, realizados por los nativos contra ciudadanos de la Unión, severamente castigados con la silla eléctrica, que no infundía al parecer, gran temor a los autores de los crímenes" (*La caída del águila*, p.22).
- (12) En *Historia y crítica literaria* (cap. III y IV), Fran- çoise Pérus señalaba como una línea característica de la narrativa latinoamericana de este período his- tórico-literario (el período de "crisis de la domina- ción oligárquica") una contradicción semejante entre dos modos discursivos, que en la historia de la literatura europea pertenecían a géneros y épocas distintas: la épica caballeresca y la novela burguesa.
- (13) Ver sobre este punto las sugerentes reflexiones de Françoise Pérus en *Historia y crítica literaria*, cap. III y IV.
- (14) Estas limitaciones son también evidentes en los otros intentos de Gagini por tratar el tema de las relaciones entre los Estados Unidos y Latinoamé- rica: su novela *La caída del águila*, su "novelita histórica" *El Erizo*, y su "fantasía" *Latino*. Los dos últimos relatos fueron publicados junto con *El árbol enfermo* en la segunda edición de la novela (San José, Imprenta Trejos, 1922).
- Durán Luzio, Juan. "Los Estados Unidos versus Hispanoamérica: en torno a la novela del 98", en *Casa de las Américas*, La Habana, año XXVI, No. 153, nov.—dic. 1985.
- Gagini, Carlos. *El árbol enfermo*, Ed. Costa Rica, San José, 1979 (10 ed.).  
 ————— *El árbol enfermo*, Segunda edición aumentada con la novelita histórica *El Erizo* y la fantasía *Latino*. Trejos, San José, 1922.  
 ————— *La caída del águila*, Ed. Costa Rica, San José, 1978 (2 ed.).
- Goldman, Lucien. *Pour une sociologie du roman*. Gallimard, París, 1970.
- González Flores, Alfredo. *Su pensamiento*, Ed. Costa Rica, San José, 1980.
- Kargleder, Ch. L. y Mory W.H., *Bibliografía selecti- va de la literatura costarricense*, Ed. Costa Rica, San José, 1978.
- Mora Escalante, Sonia M., "El árbol enfermo y la crítica a la oligarquía", en: *Cilampa*, No.7, ju- nio 1985.
- Murillo Jiménez, Hugo. *Tinoco y los Estados Uni- dos. Génesis y caída de un régimen*. EUNED, San José, 1981.
- Oconitrillo García, Eduardo. *Los Tinoco (1917- 1919)*, Ed. Costa Rica, San José, 1982.
- Pérus, Françoise. *Historia y crítica literaria*, La Ha- bana, 1982.
- Quesada Soto, Alvaro. *La formación de la narrativa nacional costarricense (1890-1910)*, Ed. Univer- sidad de Costa Rica, 1986.

#### BIBLIOGRAFIA

- Altamirano, Carlos Luis. "Dos novelas de Carlos Gagini", en: Gagini C. *El árbol enfermo*, Ed. Costa Rica, San José, 1979.
- Bonilla, Abelardo. *Historia de la literatura costa- rricense*. Ed. Costa Rica, San José, 1967.
- Ureña Mora, María C. *El árbol enfermo (algunos elementos básicos de su estructura)*, Tesis de Licenciatura, UCR, 1976.
- Valdeperas, Jorge. *Para una nueva interpretación de la literatura costarricense*, Ed. Costa Rica, San José, 1979.